

---

## NOTA FINAL

Si yo, occidental del siglo XX, puedo vivir de esta forma y decirlo es *porque*, desde mi juventud, he sido cristiano gracias a la formación que me dieron los míos, en el catecismo, y también gracias a la práctica religiosa que aún era general en el medio católico de mi infancia. Pero también es *porque*, a lo largo de la vida, bajo el influjo de acontecimientos y situaciones, gracias además a encuentros que fueron capitales para mí, he descubierto, a través de mis insuficiencias personales y de las graves carencias de la formación moral y religiosa recibida, qué necesario es profundizar en la propia humanidad para seguir siéndolo. Y también es *porque* he descubierto que, para llegar a ser más totalmente cristiano —lo cual es necesario si se quiere seguir siendo realmente tal incluso en las condiciones exteriores más favorables—, era preciso, sin renegar de la piedad que había conocido al principio de este siglo, todavía de cristiandad, purificarla de todo lo que dicha piedad, vivida desde el comienzo de la era cristiana, presenta de pueril, por más que se practique de forma ferviente, aunque también demasiado a menudo de forma esclerotizada, durante siglos. Era preciso que yo tuviera la lucidez y valentía de reconocer aquello en que semejante manera de vivir y de ser se oponía tanto a los conocimientos adquiridos irreversiblemente en todos los órdenes, como a las exigencias modernas y en cierto sentido nuevas de la autenticidad humana.

¿No es todo esto necesario para que, siendo adultos en la fe cristiana tanto como nos es posible hoy, sepamos acoger de esta Tradición lo original y único que puede aportarnos en el orden espiritual, y también para saber, en sentido inverso, hacernos cargo de ella en la medida de nuestras fuerzas, a fin de poder, desde nuestro lugar, transmitirla de forma fecunda a las generaciones que nos sucedan?

Este camino hacia la propia humanidad permitirá a cada uno, siguiendo lo que hay en él, la única aproximación verdadera a Dios

---

que en adelante será accesible para él. No le llevará a la posesión de certezas sobre Él, que dependen de la credulidad y de la religiosidad colectiva, y que promueven todas las religiones, cada una a su manera, incluidas las que se vinculan a la tradición judeocristiana, cuando éstas se engañan y apuntan sobre todo a ejercer su acción sobre las masas y a ser populares sin buscar ser, principal y previamente, educadoras del hombre a partir de su singularidad personal.

Este camino hacia la propia humanidad y esta aproximación a Dios, en estrecha relación entre sí, son fundamentalmente evangélicos. Están en la línea de lo que, en reacción contra las costumbres religiosas de su pueblo, Jesús vivió en su tiempo por fidelidad profunda a aquello a lo que se debía y sobre lo que dio testimonio durante algunos meses, en un pequeño país de Oriente, hace veinte siglos. Cada uno, gracias a su vida espiritual, tiene que abrirse a esta vida y a este testimonio; tiene que acogerlos para tender hacia una humanidad más adulta; o al menos, si no ha tenido oportunidad de llegar a una comprensión de ellos a partir de la forma en que los han sabido vivir las Iglesias, ellos tienen que inspirarlo implícitamente, bajo el influjo de los efectos indirectos de la existencia, más o menos infiel y ambigua, de las Iglesias en su época.